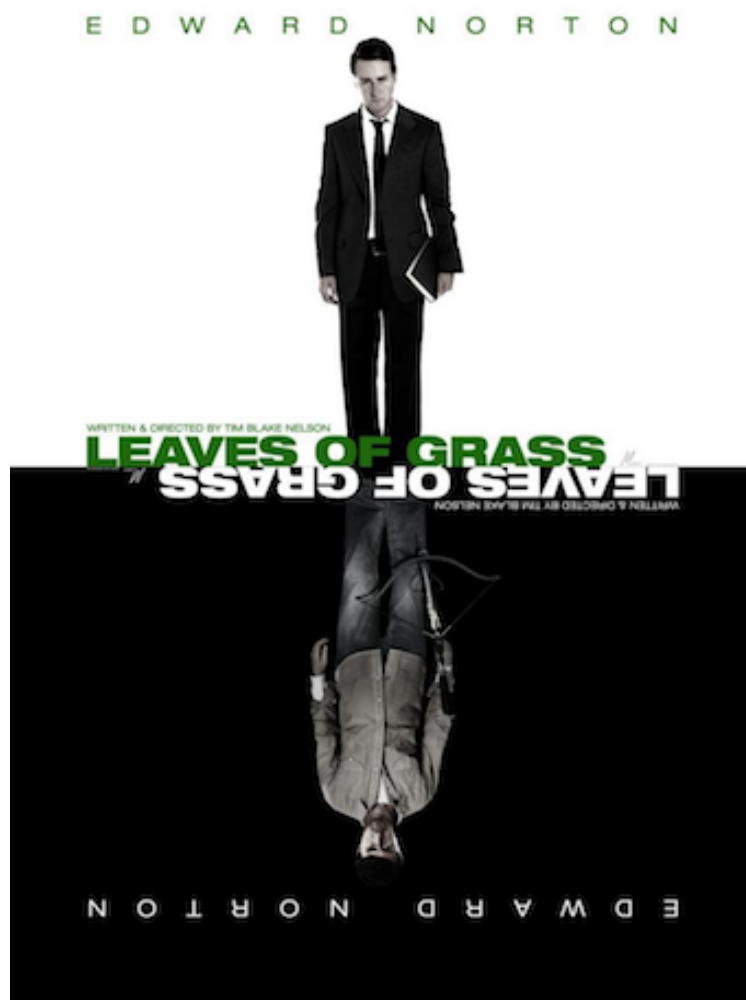


Hojas de hierba.

Película de Tim Blake Nelson
Discurso inicial.



Imaginad Atenas 400 años antes de Cristo. Varios sabios de la ciudad están reunidos, y entre ellos el vino fluye tan rápido como las ideas.

Están en pleno debate, y Sócrates toma la palabra. Y ¿quién entra? Alcibíades. Ebrio. Un hombre apuesto, muy enamorado de su mentor, Sócrates.

Y, curiosamente, en todos estos diálogos, no es Sócrates quien tiene la última palabra, sino Alcibíades. ¿Porqué?

Porque la pasión, parece decir Platón, es esencial y

despiadadamente humana, y lo mejor que podemos hacer es reprimirla con implacable disciplina.

Para Sócrates, una vida sana requiere que el individuo se esfuerce, constantemente, por reprimir esas fuerzas que lo debilitan o confunden su percepción del mundo que lo rodea.

Y nos conmina a que ejerzamos ese control durante toda nuestra vida, siempre, en cada momento de conciencia.

Sócrates constató lo que ya había percibido toda religión y todo filósofo en la historia de la humanidad, desde Platón a Aristóteles, desde Epicuro a los estoicos, desde los judeocristianos a los budistas.

Todos ellos lo observaron. Vieron que el equilibrio necesario para una vida feliz, es ilusorio.

En cuanto pensamos, desde nuestra ilusa imperfección humana que lo hemos alcanzado, nos creemos divinos.

Y nos damos el batacazo, como Ícaro precipitándose en el mar.

Tenedlo presente este fin de semana, cuando os creáis los reyes del mambo, os hinchéis a cerveza y tratéis de ligar con ese alumno de último curso que os mola.

La semana que viene Aristóteles. No os quedéis sólo con las palabras, imagináos la escena: eran personas como nosotros, estos eran sus pensamientos. Intentad darles vida.